

Bajo los efectos de la música **Por: Gladys Vila Barnés**

A Dagmar Buhring,
amiga de la eufonía.

Se puede tocar con la punta de la lengua las estrellas, hablar extraños idiomas, cabalgar sobre centauros y viajar a la velocidad del pensamiento cuando se está bajo el influjo de la creación lírica, según expresa José Luis Vega en su poema “Bajo los efectos de la poesía”. También todo esto es posible y aún más “bajo los efectos de la música”. La música es la más libre de las creaciones humanas: no ocupa ningún lugar, se desarrolla en un ámbito impreciso y se transmite a través del lenguaje universal de los sonidos. Ingmar Bergman, el genial director cinematográfico sueco, al dramatizar la tragedia de la incomunicación y de la soledad existencial en su película *El silencio*, le imparte un matiz muy especial al vocablo “Musik” como el único signo capaz de propiciar un nexo entre los humanos.

Cuando nos retumba un poema en la mente y no podemos recordar la palabra precisa de ese verso, en aquel hemistiquio, de aquella estrofa, nos revolotea con insistencia el patrón rítmico que les corresponde a esos versos, aunque las escurridizas palabras se hayan esfumado. *Canciones sin palabras* llamó Felix Mendelssohn a una serie de composiciones para el piano. Este título resulta muy adecuado, ya que las palabras huelgan al estar implícitas en el acorde, en el pasaje revestido de dificultades y en el fraseo del instrumento. Mi padre, gran admirador del actor John Barrymore, siempre me contaba la siguiente anécdota. Durante la puesta en escena del *Hamlet* shakespearo, al popular actor norteamericano se le borraron de la memoria las palabras del tercero de los monólogos- el favorito del público- pero no así, el ritmo implícito en esas mismas palabras. El gran actor salió victorioso del conflicto mnemotécnico sustituyendo los vocablos olvidados por un conteo de números tomados al azar impartándole a cada uno de éstos la entonación y las pausas que seguían vivas en su memoria en correspondencia a los versos originales.

Mucho se ha hablado de la manera idónea de escuchar la música. Según la crítica tradicional, la música se recibe de dos formas: con la cabeza o con el corazón. Es decir, existen unos estímulos melódicos que alertan el intelecto; otros, en cambio, afectan las emociones. ¿No podríamos añadir la posibilidad de percibir la creación musical con la intuición o, quizás, instintivamente? Sin dudas, la experiencia auditiva en nada se asemeja cuando escuchamos el sonido rítmico de los tambores en un baile de bomba que cuando entonamos un villancico navideño. De igual manera, hay una distancia abismal entre oír una sinfonía romántica, un concierto barroco o una obra contemporánea. Tratemos de ilustrar estos diversos caminos que nos acercan a una de las experiencias más puras concedidas al ser humano: el disfrute musical.

Aquéllos que favorecen la recepción intelectual de la música sostienen que si nos involucramos emocionalmente al escuchar una sinfonía, se pierde la hechura de la obra, las particularidades de la interpretación o el virtuosismo de los solistas. Cuando la emoción palpita, se obnubila el intelecto. Lo que ocurre entonces, es el espectáculo del propio oyente confrontando sus profundos sentimientos y emociones. La obra se convierte en espejo de sí mismo o en resorte estimulante para develar sus más íntimos secretos. Es decir, se produce una especie de catarsis como la que sufrían los griegos ante la representación teatral de la tragedia. Según Ortega y Gasset, el oyente “se vuelve de espaldas a lo que acontece allá en el escenario”. La opinión del pensador español es ciertamente categórica: “No nos interesa la música por sí misma, sino su repercusión mecánica en nosotros (...) En cierto modo, pues, gozamos, no de la música, sino de nosotros mismos” (*Notas*, 94).

El ejemplo idóneo para ilustrar este tipo de experiencia es la creación musical de Federico Chopin. El compositor polaco concibe su obra pianística desde el dolor del exilio político y existencial, en pleno movimiento romántico y desde la perspectiva de una vida signada por la enfermedad y por la presencia de una muerte prematura. El resultado es casi predecible: tanto sus brillantes polonesas, como sus baladas o nocturnos llenos de tristeza y de premoniciones trágicas se elaboran con las entretelas mismas del sufrimiento. Como si fuera un dolor destilado proveniente de un espíritu en agonía, los recibe el oyente produciendo en éste el mismo proceso a la inversa. No sólo compartimos el “pathos” chopiniano, sino que añadimos el propio. Así, en el proceso de escuchar se exacerban las emociones y se restringe el sentido analítico. Sufrimos, pero nos depuramos ante el goce estético.

Con la música de Juan Sebastián Bach se produce la reacción contraria en el oyente. Al escuchar una de sus fuga, de las suites o alguno de los conciertos de Brandenburgo, la mente del receptor se torna alerta y va anticipando las intrincadas fórmulas de las voces que se entrelazan y se distienden hasta formar una rica textura musical. Con Bach, todo sonido se ubica justo en el lugar que le corresponde. No hay sorpresas, no hay carencias. Nada falta, nada sobra. Estamos ante la radiografía de una mente genial elaborando una construcción perfecta. Se podría calificar su obra de metamusical. La propia música se comenta a sí misma y, de esa manera, se abren múltiples posibilidades. Ya se preludia la modernidad de la música dodecafónica o minimalista con las invenciones del austero maestro de capilla de Leipzig. Si se le pudieran asignar colores, líneas y diseños a cada uno de los sonidos que forman las composiciones de Juan Sebastián Bach, obtendríamos un caleidoscopio infinito invitándonos a descubrir nuevas fórmulas y a reafirmarnos como seres pensantes.

¿Qué decir del arte de escuchar la música con todo el cuerpo? Hace muchos años, tuve la oportunidad de asistir a un concierto de música india en Carnegie Hall. Sólo había dos instrumentistas: una cítara y un tambor en un escenario desnudo. El hechizo brotó como un manantial desde el momento mismo en que ambos ejecutantes se acomodaron en cuclillas con sus túnicas blancas y abrazaron sus instrumentos. Allí se entablaron diálogos, improvisación de fraseos inusitados, ecos que proliferaban en nuevos patrones rítmicos, silencios llenos de elocuencia; en fin, una especie de sesión iniciática del más

ingenioso jazz. El punto de partida fue un tema (raga) sencillo que se iba trabajando y desmenuzando hasta lograr detalles insospechados. Naturalmente, se trataba de una improvisación: la partitura musical no existía. La fórmula propuesta funciona de esta manera: Ravi Shankar (así se llama el guitarrista) presenta el raga original provocando que la percusión conteste con alguna alteración contrapuntística; de inmediato, el solista retoma el motivo musical y lo reestructura añadiendo otros elementos rítmicos más complejos, hasta que todo ello llega a convertirse en una labor laberíntica cuya salida se intuye imprecisa o quizá inexistente. Mas, nuestra percepción es incorrecta, pues al igual que en el inicio de la composición se parte de la sencillez más diáfana y durante su desarrollo la elaboración de este elocuente texto sin palabras se va tornando más y más compleja, una vez se ha alcanzado la máxima intensidad musical, comienza a sentirse el alivio de las tensiones y el “decrecendo” de las complejidades. La rica experiencia se convertirá en un simulacro de vida: nacimiento, desarrollo, cúspide, declinación y muerte. Nuestro organismo y sus vibraciones logran aunarse al sonido del dúo respirando y palpitando con cada patrón percusivo del tambor, con cada fraseo de la cítara.

El concierto se extendió durante dos horas, tres horas, quizás más, pero nadie se movió de su asiento. El tiempo quedó abolido; se suscitó la magia de vencer la otredad. Nunca más se podrá repetir el aleatorio experimento auditivo de aquella noche.

Sin dudas, la música es la más liberadora de las artes ya que al estar bajo su influjo se pueden alcanzar vivencias tan disímiles, profundas y significativas como: desvincular la emoción de la razón, revivir con ardor un recuerdo que creíamos ya extinto, vislumbrar el abismo alucinante de la creación artística y, sobre todo, percibir la secreta correspondencia rítmica que hermana a todos los seres vivientes.